

Humildad y esperanza

La pandemia ha sacudido profundamente nuestros hábitos y estilos de vida. Hemos tenido que detener el ritmo y eso en una sociedad hipercelerada es traumático. Nos hemos tenido que quedar en casa y zambullirnos en la vida digital para poder contactar con los que están lejos. También hemos tenido que convivir con los próximos y eso es una profunda prueba de tolerancia y de respeto.

Nos hemos sentido atónitos, desconcertados, también impotentes ante los efectos catastróficos del virus. Muchas personas nos han dejado. Ya no están. Detrás de las cifras hay personas de carne y hueso, familias que sienten el luto por sus seres queridos. Los más vulnerables han sido las primeras víctimas. Se han tenido que tomar decisiones difíciles en circunstancias extraordinarias y los profesionales de la salud han dado un ejemplo de entrega, de sacrificio, poniendo todo su talento y su energía vital al servicio de los enfermos. Ha habido gestos de solidaridad comunitaria, también expresiones de indignación, rabia, impotencia y miedo.

Toda crisis es una ocasión, un tiempo oportuno para repensar lo que realmente es valioso en nuestras vidas, aquello que da sentido a nuestra existencia. Cuando todo se tambalea, cuando lo que era sólido se resquebraja, sentimos vértigo, nos preguntamos quiénes somos, para qué estamos y, sobre todo, qué es lo que nos sostiene cuando el ingenio humano y la tecnología son insuficientes. Es cuando realmente nos preguntamos qué es lo que tiene valor y cuáles son nuestras prioridades vitales.

La crisis nos ha hecho pensar. Albert Camus en su magistral novela *La peste* también se adentra a pensar las desastrosas consecuencias de la epidemia que azota



VATICAN MEDIA HANDOUT / EFE

El papa Francisco durante la bendición urbi et orbi del viernes

la ciudad de Oran. El doctor Rieux se entrega hasta el límite de sus fuerzas para salvar vidas humanas, mientras que el padre Paneloux, jesuita, trata de consolar a sus conciudadanos desde la trona.

La crisis hace pensar a uno y

Cuando todo se hunde, nos damos cuenta de que el individualismo imperante no es la solución

otro, al agnóstico y al creyente. El doctor Rieux maldice Dios y el mundo se subleva ante una creación en la cual los inocentes mueren. El padre Paneloux trata de transmitir esperanza y confianza a los fieles, poniendo la mirada en

el Dios Amor. Dos virtudes emergen en tiempo de crisis: la humildad y la esperanza. Cuando todo se hunde, nos damos cuenta de que somos débiles, frágiles y vulnerables, que estamos expuestos al dolor, al sufrimiento, a la enfermedad y a la muerte. Tomamos conciencia de nuestros límites y eso es, justamente, la virtud de la humildad. A la vez, nos damos cuenta de que tenemos que ayudarnos mutuamente, que solos no saldremos adelante, que nos necesitamos los unos a los otros, en definitiva, que el individualismo imperante no es la solución, como tampoco lo es la salida unilateral.

Vemos, también, que la categoría clave para entender nuestro mundo es la interdependencia. El papa Francisco lo desarrolla en *Laudato Si'*. Todo está conectado, todo forma una gran red. No nos podemos desentender de lo que

pasa lejos, porque tarde o temprano nos afectará. El todo y la parte están religados. Eso nos hace ser más humildes, más comprensivos y también más solidarios con los que sufren. Vivimos en un mundo global y necesitamos, para vivir aquí, una nueva conciencia global.

La crisis nos puede conducir a la tristeza, al desconsuelo y a la desesperación, pero también es el momento oportuno y adecuado para hacer crecer la virtud de la esperanza. Cuando todo es oscuro y árido, en los Viernes Santos de la historia, es cuando necesitamos, más que nunca, la virtud de la esperanza. Esta pequeña gran virtud, como decía Charles Péguy, nace como un brote que tiene que ser cuidado y atendido. Tenemos que tener esperanza en la ciencia y en la inteligencia cooperativa, en los mandatarios políticos, que sabrán tomar las decisiones pensando siempre en el bien común y arrinconando sus aspiraciones partidistas, y en la fuerza espiritual de la ciudadanía para recomenzar y volver a emprender la vida normal.

Los cristianos creemos que en esta crisis no estamos solos, que Dios vela por nosotros y nos comunica la fuerza para generar paz allí donde hay desazón, alegría allí donde hay tristeza, confianza allí donde hay escepticismo. Tenemos que ser agentes de esperanza y no profetas de calamidades. Sal y luz en el mundo. Por este motivo, nos hace falta actuar y rogar. La plegaria es una gran fuente de transformación interior y, a la vez, una enorme chorro de energía que permite transfigurar la crisis en oportunidad, el sufrimiento en aprendizaje, el escepticismo en confianza.

Texto elaborado por: JOSEP M. CARBONELL, MÍRIAM DÍEZ, MARGARITA MAURI, MONTSERRAT SERRALLONGA, JOSEP MIRÓ, EUGENI GAY, DAVID JOU, ALBERT BATLLE Y FRANCESC TORRALBA